DAR QUE HABLAR

Jesús Campos García

Es como una tertulia. Un gran debate. El ágora. Y entre las muchas cuestiones que podrían tratarse, a nosotros, los autores, nos toca elegir tema. Se mete la mano en el puchero y sale. Hay filtros, ¡si lo sabremos! Aun así, las tablas son para eso, para poner cuestiones en cuestión. Ya solo el hecho de suscitar el tema implica un posicionamiento. Y es que toda obra, desde la más imparcial en su exposición a la más abierta en su resolución, hunde sus raíces en una determinada visión del mundo.

Y tras la provocación, a debatir. Qué fracaso cuando la función es incapaz de suscitar el más mínimo comentario, cuando el público sale como si nada hubiera ocurrido, hablando de sus cosas, inalterado. Por torpe que sea una obra, por imperfecta, lo menos que se le puede pedir es que trate de aquello que importa al personal. Y con esto no quiero decir que tratar temas de actualidad redima la torpeza; para nada. Lo nuestro es sacar a la palestra cuestiones que atañan a la concurrencia y hacerlo de forma tal que la conmueva, que la divierta, que la emocione; en definitiva, que la altere hasta el punto de desencadenar la controversia. Hemos de ser capaces con nuestra obra de expresar la dualidad que percibimos, y reflejarla sobre la sociedad que la genera. El espectáculo de nuestras contradicciones como punto de partida para tratar de conciliar nuestras contradicciones.

El teatro, por su propia naturaleza, siempre fue merecedor de opinión pública, de respuesta crítica. Por principio, todo espectador es en «esencia» un crítico. Desde el momento en que patea, silencia o aplaude, ya emite su opinión. Y el hecho de que solo algunos escriban en diarios, publiquen libros o den clases en centros docentes no significa que no sean los espectadores, en su conjunto, los agentes naturales del debate. Otra cuestión, ya, es que existan espectadores profesionales, críticos especializados que, gracias a la autoridad de sus opiniones o a la autoridad del medio en que las expresan, gocen de una posición de privilegio —generalmente merecida, según los afines y siempre inmerecida según los adversarios— que les permite enriquecer el debate con la aportación de su punto de vista y, en consecuencia, enriquecer el sedimento que el debate deja tras de sí.

¿Que a veces no opinan sobre el tema en cuestión, sino sobre las formas? ¿Y qué diferencia hay? El carácter corrector, en ocasiones docente, que conlleva algún comentario, se debe, pienso yo, al deseo de recomendar un modelo teatral, de exaltar unos valores sobre otros, al afán proselitista inherente a todo debate. Desde la más exquisita consideración hasta el ataque personal, no diré que todo vale, pero sí que todo cabe, siempre que se resuelva con palabras. Y no me corresponde a mí enjuiciar aquí las argucias de la contienda, pero sí dejar constancia de que subyacen estrategias, modos de valorar, códigos, guiños, con los que defender las posiciones. La crítica con foto y despliegue a cuatro columnas con un contenido adverso o la media columna en página impar ensalzando la obra —por citar algunas variantes de la crítica en medios— no pueden ser siempre achacables a problemas de espacio. Como los listados que otorgan existencia a los que son y arrojan a las tinieblas a los que no son, no es una práctica inocente de la crítica académica, máxime cuando la distancia con que se llevan a cabo estas publicaciones hacen más inexplicables los olvidos. El silencio, otra estrategia utilizada a veces por insidia y a veces por piedad —confieso que la crítica que más he agradecido fue una que no me hicieron—. Pero dejémonos de anécdotas; quién no tiene una afrenta o un elogio, en este rifirrafe de someter cuestiones a debate.

El enfrentamiento de diferentes mentalidades justifica sobradamente los roces, las torpezas, e incluso el encanallamiento, cuando se da. Siempre será preferible el público apasionado del estreno de *Electra,* con sus críticos profesionales a la cabeza, que no el bostezo de un teatro merendero sin más riesgo que el de la indigestión de las tortitas. Entre los distintos modos de expresión artística, al teatro le cabe la grandeza de ser el que, a lo largo de la historia, ha generado una mayor opinión crítica. Ahí radica su valía como herramienta de conocimiento, a eso se debe su capacidad transformadora de la sociedad. El debate social que el teatro suscita en los momentos más inesperados es la garantía de su pervivencia. Esperemos, pues, seguir siendo merecedores de una respuesta crítica. ■